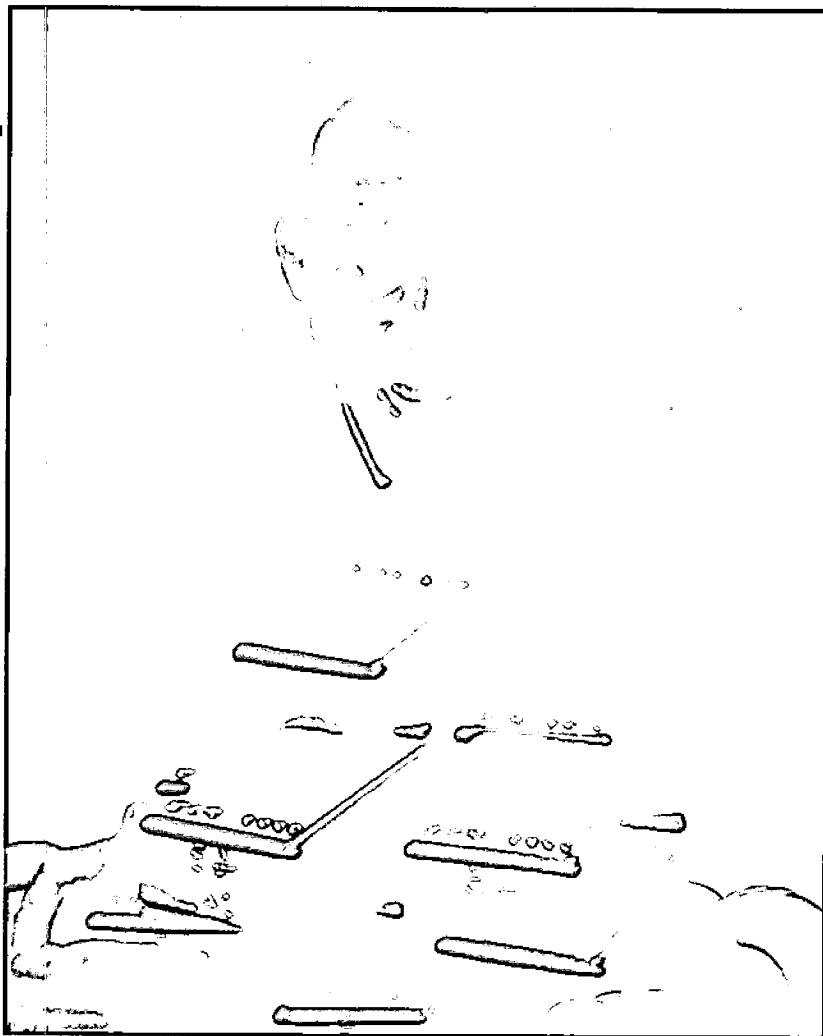


La retórica del dinero



AXEL CAPRILES M.

En la grieta sin fondo de afecciones y pasiones que agitan y mueven el alma, San Agustín observó que el deseo tiene infinitas caras y que junto a la lujuria concupiscente encontrábamos, también, la libido dominandi, o deseo de dominio y poder, y la libido habendi pecuniam, o deseo de posesiones y dinero, como fuerzas corruptibles e importantes pecados del hombre caído¹. Una parte nada despreciable de la teoría y praxis psicológica de los siglos XIX y XX se ha ocupado extensamente de los dos primeros pecados mencionados. Testigo de ello es la voluminosa construcción teórica del Psicoanálisis como aparece en los trabajos de Sigmund Freud y Alfred Adler. La libido habendi pecuniam, sin embargo, no ha recibido la misma atención de los profesionales del comportamiento, quienes han

El dinero no es, ya, un sistema de referencias para la producción y el intercambio, un medio de circulación de los bienes y servicios. Es, como diría Baudrillard, la circulación misma, la conmutabilidad y especulación pura, la expresión más verosímil de la realidad psíquica de lo abstracto, lo cual abre para el hombre, y para siempre, el mundo de lo posible y el universo simbólico de la imaginación.

descuidado su estudio relegándola al terreno de la antropología, la economía o las finanzas. Me parece, no obstante, importante, aún desde el punto de vista pragmático, la significación psicológica del vínculo entre dinero y pecado.

Dinero y pecado

El 11 de septiembre de 1998, el presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, Bill Clinton, reunido en un desayuno en la Casa Blanca, dijo ante un voluminoso grupo de sacerdotes, ministros, rabinos e imanes: "yo he pecado". Con lágrimas en los ojos citó frases de la Biblia y de la liturgia judía, las Puertas del Arrepentimiento. Cuando los religiosos se levantaron y aplaudieron emocionadamente al acojonado pre-

sidente, el índice industrial Dow Jones de la Bolsa de New York se disparó inmediatamente en alza de más de cien puntos. Los grandes fondos de especulación financiera multinacional que vendieron sus acciones minutos después realizaron una suculenta ganancia en momentos donde los mercados bursátiles del mundo entero se deslizaban frenéticamente hacia la baja. Pero también la gran crisis económica que sacudió los mercados financieros internacionales, durante 1997 y 1998, encuentra numerosas referencias al pecado. Analizando el derrumbe de los mercados asiáticos, el agudo economista Paul Krugman dice: "Al menos en parte, el colapso de la región fue un castigo por sus pecados. Todos sabemos ahora lo que debíamos haber sabido incluso antes del auge económico: que había un lado oscuro en los valores asiáticos"². El economista Lester Thurow hace también alusión a lo que San Agustín hubiera llamado una transgresión por el pecado de la soberbia cuando escribe: "Por si fuera poco, en Asia se estaba dando una cierta megalomanía que había que controlar. Si las torres Sears de Chicago y el World Trade Center de Nueva York no se pueden autofinanciar, ¿cómo puede permitirse un país relativamente pobre como Malasia los edificios más altos del mundo, las torres Petrona?"³. Por todas estas observaciones, pareciera existir una íntima relación entre la ética y el dinero, como si sus lenguajes estuvieran imbricados. Pero, como parte de un ejercicio analítico y científico, ¿no deberíamos tratar de identificar una retórica propia del dinero, un campo de lenguaje autóctono y desnudo más allá de sus implicaciones morales?. El problema es que nadie sabe verdaderamente qué es el dinero.

Isaac Newton, ilustre matemático y físico inglés, descubridor de las leyes de la gravedad universal, de la descomposición de la luz y de las bases del cálculo infinitesimal, había comprado accio-

nes en la compañía de los Mares del Sur. Cuando la euforia producida por ese famoso caso de especulación financiera había elevado desmesuradamente el precio de la acción, Newton tomó conciencia de que era el momento de vender. Así lo hizo el 20 de abril de 1720, ganándose 7.000 libras esterlinas con una utilidad del 100%. Sin embargo, la manía infecciosa que poseyó al mundo entero el verano de ese mismo año lo volvió a contaminar y entró nuevamente al mercado en el tope de su precio, justo antes del colapso. Newton perdió 20.000 libras esterlinas. El científico concluyó sus experimentos financieros diciendo: "yo puedo calcular el movimiento de los cuerpos celestiales, pero no la locura de la gente"⁴. La anécdota tiene mucho que decirnos de la psicología del ciclo económico y de las manías, pero la locura de los mercados financieros va más allá de la euforia especulativa, de los desplazamientos imitativos, de la falacia de la composición, de la coloquialmente llamada teoría del mayor idiota, o de cualquiera de todos los demás efectos estudiados como manifestación de la irracionalidad económica. Se trata de algo más, de algo intrínseco que surge de la esencia misma del dinero.

La retórica del dinero

La incompreensión del dinero es tal, y tan perennes los dilemas por él planteados, que hoy en día pareciera haber perdido mucho de su significado como patrón de valor o medio de atesoramiento y cambio. Su titanismo amenaza con hacer colapsar el sistema monetario internacional. Los vertiginosos adelantos tecnológicos en electrónica, computación y telecomunicaciones, la interdependencia, integración y globalización de la economía, la movilidad de los capitales privados anónimos, el llamado "hot money", han elevado a su máxima potencia la dimensión del problema trasladando el dinero a los lí-

mites de la esfera de las esencias trascendentales y abstractas. No estamos solamente ante un significante flotante, un signo en estado de latencia con potencial lejano para encontrar significado. Tampoco estamos frente a una simple pérdida momentánea de referencias. No es el problema de la desconexión entre la esfera financiera y la producción social, entre la ficción fiduciaria y la economía real. No es el alejamiento del signo monetario del justo valor de la fuerza de trabajo, de su valor de uso o de su legítimo valor de cambio. No es el manto tras el cual se esconde, esquivo y difusa, su función como instrumento de circulación de mercancías, como acumulador y mediador temporal en la permuta, o como índice y criterio de equivalencias entre los objetos y las condiciones de lo real.

Estamos frente a la pérdida total de todas las equivalencias, de todos los significados; frente a una abstracción digital cuya rotación y convertibilidad flotante y generalizada deviene un ritual de transferencias y movimiento circulares en los que la moneda se desdobra y se reproduce a sí misma. El dinero no es, ya, un sistema de referencias para la producción y el intercambio, un medio de circulación de los bienes y servicios. Es, como diría Baudrillard, la circulación misma⁵, la conmutabilidad y especulación pura, la expresión más verosímil de la realidad psíquica de lo abstracto, lo cual abre para el hombre, y para siempre, el mundo de lo posible y el universo simbólico de la imaginación.

Por ello, enfrentados a la anarquía monetaria y financiera del mundo contemporáneo, y frente a un símbolo tan indeterminado y polivalente como es el dinero, los mitos y figuras primordiales, los dioses que parecieran regir arquetipalmente el comportamiento monetario, pueden servirnos para intentar captar la forma detrás de la abstracción, para ceñir, en algo, la desmesura y el titanismo del dinero hoy en



día. Son numerosas esas figuras religiosas, esas mitologías. Por razón de espacio no puedo introducirme en ellas. Pero si entendemos la imagen como algo que posibilita el movimiento psíquico y que dándole corporeidad al espacio informe del alma hace posible la reflexión, la sola observación de la retórica de los dioses que rigen el mundo del dinero puede ayudarnos a la diferenciación consciente de las oscuras pasiones que ellos mismos personifican. Si cada dios y cada arquetipo tienen una forma y una retórica particular, el quehacer de hacer consciencia y el proceso de diferenciación psicológica surge precisamente de la capacidad de diferenciar el habla y la figura de cada dios tal como ellos actúan en nuestra vida ordinaria. Muchos de los problemas del hombre contemporáneo surgen de la confusión retórica e indiferenciación de arquetipos, cuando las fantasías de las personas esperan de un dios características y atributos que no les son propios.

Las diversas caras del dinero

Analizando la tríada cataláctica en que Karl Polanyi descompone el intercambio: comercio, dinero y mercado, Moreno Feliu señala que "no hay ningún indicio que nos permita sospechar que los elementos de la tríada formaban o irían a formar parte, alguna vez, de la misma institución, como indudablemente lo forman en la economía de mercado"⁶ y que la razón de ello es que, en muchas sociedades, la esfera económica no es autónoma del resto de las instituciones de la sociedad. Depen-

diendo del grado de penetración de esas otras instituciones (religiosas, políticas, de parentesco, de reciprocidad) encontraremos varios tipos y usos de dinero. Vinculando esto con el párrafo anterior, lo que quiero decir es que muchas de las disfunciones y percances económicos y financieros se desprenden de la confusión en la retórica arquetipal. Ocurren cuando un grupo corporativo revuelve demasiado la retórica del dinero con la del poder, cuando un acaudalado empresario mezcla el discurso de los negocios con el de la vanidad y el placer, cuando una sociedad funde el mito de la abundancia con el de la igualdad y el de la justicia social, o cuando un político populista confunde crecimiento económico con paternalismo y proteccionismo clientelar. Los lenguajes del poder o el de la justicia cósmica y de la equidad inmanente tienen formas precisas e identificables, pero su retórica es diferente a la de los dioses que rigen el dinero.

El problema de la aproximación cuantitativa y numérica propia de la economía es que ella pierde de vista las relaciones subjetivas de valor y la realidad anímica del dinero, abriéndole la puerta trasera al complejo autónomo, a la desmesura titánica y a la patología. Pero la visión cultural tampoco está exenta de conflictos. Tenemos que deslustrarnos de todos los estereotipos e imágenes preconcebidas sobre el dinero. Alejarlo del poder, desvincularlo de la injusticia social, independizarlo del goce placentero y banal, para que así pueda desplegar su potencial como propulsor de la capacidad creativa del hom-

bre. Se trata de ver el alma en el dinero, de captarlo como medio de movimiento psíquico y mercurial, de entenderlo como alegoría de una transacción ritual y simbólica que transporta la imaginación al mundo de lo material. Se trata de descubrir la retórica propia del dinero.

- 1 San Agustín. Obispo de Hipona. La Ciudad de Dios. Libro decimocuarto. Editorial Poblet, Buenos Aires, 1941
- 2 Krugman, Paul. Asia: hace falta una mano dura. Fortune Americas. Vol. 2, No. 19. Suplemento quincenal del diario El Universal, 14 de septiembre de 1998, Pag. 8.
- 3 Thurow, Lester. Es sólo el viento que agita la hierba. Los Angeles Times. Artículo reproducido por el diario El Nacional en Siete Días, 2 de noviembre de 1997, Pag. H/9.
- 4 Kindleberger, Charles P. Manias, Panics and Crashes. A history of financial crisis. Basic Books, Inc. Publishers, New York, 1978. Pag. 34.
- 5 Baudrillard, Jean. El intercambio simbólico y la muerte. Monte Avila Editores Latinoamericana, Caracas, 1993.
- 6 Moreno Feliu, Paz. ¿El dinero?. Cuadernos de antropología. Editorial Anthropos, Barcelona, 1991. Pag. 16.

AXEL CAPRILES M.

Psicólogo, especialista en Desarrollo Socioeconómico